

Redes

1964

Al abrir los ojos, sólo oscuridad. Es sólo después de que éstos se acostumbren que empieza a percibir formas. Sus ojos se quedan ahí, en formas; poco más pueden procesar unos ojos que tantas lágrimas han llorado.

Una vez despierta, interpela al aire con un “¿Qué tal?” pero la silenciosa nada que durante años la ha acompañado parece enmudecer aún más frente a la pregunta. No hay mejor respuesta; tampoco la hay peor. Ese silencio le hace recordar lo que pasó. No se siente sola porque no hay lugar para los sentimientos en una vida que la vive a ella y no al revés, sólo existe espacio para la certeza de saber que lo está. Una foto en la pared le duele más que nunca, pero se niega a darle la espalda: está demasiado guapo como para hacerlo. Aún lo imagina así, con

2016

Al abrir los ojos, sólo oscuridad. Es sólo después de que éstos se acostumbren que empieza a percibir formas. Sus ojos se quedan ahí, en formas; poco más pueden procesar unos ojos que se durmieron, como tantas otras noches, mirando la pantalla de su móvil.

Una vez despierta, como todos los días, agarra su teléfono y relee sus últimas conversaciones. Nadie contesta. Al menos no aún. Ella sabe que es pronto; sabe que su horario no es el del resto y que sus dolores, más exactamente su deseo de deshacerse de ellos mediante las dichas pastillas de color rosado que toma desde el accidente, marcan su reloj biológico de una manera diferente a la del resto. Esa constatación es la primera respuesta que recibe en su día. Vuelve a mirar el móvil. Lo que más le duele es que ellos, después

Enredadas

la expresión seria de quien cree que tiene que guardar una imagen de tipo duro y los ojos brillantes de quien sabe que esa imagen no es más que una broma entre dos. Se acerca y roza el papel de foto como si se tratara de la piel de su rostro, pero sus manos no aciertan a sentirle.

Sus dedos hinchados han sido testigos de muchos accidentes mudos, de pérdidas que nunca se dieron por pérdidas y de rumores que habían dejado de serlo hacía tiempo; pero ni la sal del mar que los secaba hasta dejarlos blancuzcos, ni la aspereza de las redes que durante décadas entretejió, le arrebataron la capacidad de sentir a través de ellos. A pesar de los callos que poblaban sus manos, nunca cayó en la desesperanza de quien sabe que siempre hará lo mismo, quizá porque el nunca callarse de sus compañeras le hizo olvidar la sedentaria realidad a la que estaba abocada. Las arrugas de sus manos, marcadas no a fuego

de dos días, sigan sin haber contestado a su correo. Pulsa con el dedo en el nombre de la empresa y después en su foto, para después ir dejándolo sobre cada una de las caras de la foto, eliminándolas como venganza a su falta de contestación. La pantalla no le devuelve nada más que un frío insípido en los dedos.

Sus dedos, casi tan delgados y afilados como el resto de su cuerpo eran su principal ventana al mundo. A través de ellos sentía y casi exclusivamente por ellos transcurría toda su vida. De cintura para abajo las órdenes que su cerebro mandaba para que sus extremidades se movieran, parecían no encontrar nunca su destino y de cintura para arriba poco importaba lo que hubiera: nadie vería más allá de la silla metálica que la acompañaba donde fuera. La silla era un regalo y un castigo al mismo tiempo y aunque odiara su frío tacto sabía que sin ella no sería más que un busto estático que nada puede hacer salvo bucear

Enredadas

sino a sal y agua en su piel, no vieron arrugarse ante nadie a la redera que ella era y las grietas que surcaban sus manos, como el río que rasgaba ese mapa de la margen izquierda que tenía en la pared del almacén en el que trabajaba, jamás agrietaron la fuerte convicción de saber que las redes y lo que en ellas queda atrapado, eran lo único que importaba.

Las mismas redes que no pudieron salvarlo cuando cayó al mar; las mismas redes que no fueron capaces de rescatarlo cuando las tiraron como una desesperada manera de volver a subirle al barco. Nunca supo si fue ella la que hizo aquellas redes o si fue algunas de sus compañeras del puerto, al igual que tampoco sabía cuál de las opciones le parecía peor; pero el deseo de culpar a alguien latía con fuerza dentro de ella. Responder a la muerte con furia le parecía algo lógico, pero la falta de certeza sobre a quién dirigirla la sumió en un estado de tenso letargo que duraba hasta hoy.

en sí mismo. A veces sentía que no era nada más que unos dedos que la conectaban a unas redes que le recordaban que lo que hay en ellas es lo único que importa.

Las redes la salvaron cuando todo lo demás cayó. Estas redes fueron las que la rescataron de una huida de sí misma que empezó el día del accidente y es gracias a ellas que es capaz de conocer gente sin que las miradas de lástima la lastimen, de visitar lugares más allá de las puertas de una casa que como ella, llevan años sin abrirse a nadie y es gracias a ellas que esa remota posibilidad de normalidad que los médicos le prometieron, se ha convertido en realidad. Es a través de estas redes también, que le llegó esa oferta de trabajo que al final se atrevió a contestar y que

Sólo el trabajo, ese que siempre odió por haberle robado su sueño de viajar y ver mundos que para ella sólo existían en fotos que incluso en blanco y negro rezumaban vida, ese que aborrecía por haber sido el resultado de la presión social y la falta de oportunidades, le salvaba de la completa nada existencial. A éste se encomendó desde que el mar se tragó cuanto quería y en éste encontró la manera de traerlo de vuelta: crear una red tan fina y perfectamente entrelazada que nada pudiera dejar atrás, ni siquiera el recuerdo de su marido. Durante años hizo su trabajo lo mejor que pudo, y durante años, mientras el resto hablaban y reían, ella dedicaba cuanto podía a su proyecto personal, en todo tiempo libre tejía esa red que nada dejaba escapar, que nada dejaba a su paso, una red que todo pudiera atrapar, aunque lo único que por ahora había acabado por atrapar era a ella.

después de dos días sigue sin obtener respuesta.

Sólo el trabajo, pensaba, daría cierta capa de normalidad a su vida. Era capaz de vivir sin amor (después del dolor del accidente, el dolor del desamor o de la soledad se le antojaban llevaderos), sin familia (ya la rechazaron en su día por querer ser otra cosa que una nota a pie de página en la enorme saga de arrantzales o rederas que era su familia) e incluso podía vivir sin la mejor de las saludes (iba en silla de ruedas y apenas podía respirar sin sentir que el aire que inspiraba contenía milimétricas cuchillas que la cercenaban por dentro); pero no sin trabajo. Fue el trabajo lo que la salvó de su familia y lo que la hizo sentirse orgullosa de sí misma, aunque no fue fácil abrirse paso en un mundo como la abogacía, generalmente poblado por hombres de mediana edad y de no tan medianos prejuicios. Recuerda la sensación de ser útil y las miradas de

Cuanto más hilo entrelazaba, más pegada a esa red estaba ella. Dentro de sí sentía que con cada nudo que hacía, el nudo en su garganta se hacía más pequeño, que con cada herida que la cuerda de las redes hacía en sus manos, la herida que supuraba aún en su interior se hacía más llevadera. A cada hora entrelazaba cuerdas, a cada minuto hilvanaba pequeños hilos casi imperceptibles y a cada segundo mantenía la esperanza de que esa cuerda en el momento de echarla al mar, se llevara su dolor y le trajera lo que de su marido pudiera quedar en él. Tardó tantos años en terminarla como nudos tenía esa impenetrable red, pero cuando lo hizo, más que una red parecía un tamiz donde pintar de nuevo su pasado, para que su presente y

orgullo de sus empleados; recuerda las cenas y el dinero; pero también recuerda las prisas de su vida, que acabaron con ésta tirada en un arcén atravesada por un metal que olía a aceite de motor y cuero.

Cuanto más pensaba en la inexistente respuesta, más caía en la cuenta de que lo normal era precisamente eso: la imposibilidad del dialogo con alguien que no fuera ella misma. El accidente no sólo cambió su vida, sino que también alteró su forma de vivirla y su capacidad para vivirla con alguien. Se sintió sola, como un naufrago en un mar de nada. Pero el teléfono sonó. La citaban en su bufete esa misma tarde. El miedo la invadió y se sintió inmóvil, de una manera que nunca había sentido. Estaba acostumbrada a no poder moverse, pero lo que sentía en ese momento era el deseo de no hacerlo y eso la asustó; pero sabía que esa oportunidad era lo que necesitaba para recomponer algo que el accidente rompió y que los médicos

Enredadas

su futuro pudieran tener cierto sentido, cierto sentido de dirección que la ayudara a orientarse en el cielo sin estrellas en el que vivía.

En el momento de verla terminada sintió vértigo. Cada centímetro gritaba ayuda y cada milímetro guardaba horas. Se dio cuenta: la red era una foto de todo el tiempo que su vida había permanecido latente, sin avanzar, enredándose en sí misma, sin principio ni final más allá de sí misma. Se sintió ahogada por lo opresivo de su creación, ni siquiera el aire acertaba a pasar entre los casi inexistentes huecos. Le dio miedo lo que había creado; le dio miedo en qué se había convertido. Pretendiendo crear esa red que pudiera recuperar toda la felicidad, la gracia y la vida que le fueron

no acertaron a recomponer. Sólo tenía que vencer el miedo que la impedía abrir las puertas de su casa, que habían permanecido cerradas desde el accidente y que le habían servido como protección frente a un mundo que no sólo no le era favorable, sino que la veía como una sombra de lo que fue, desdibujada por lo que había acabado siendo.

En el momento de decidir qué hacer sintió vértigo. Sabía lo que debía hacer aunque su deseo fuera otro; sabía que debía intentarlo, sabía que debía atravesar esa puerta aunque su deseo fuera cerrarla con una vuelta más para sentirse segura en su autoimpuesta cárcel. Se ve cerrando la puerta con una vuelta que la encierra para siempre en esa habitación; se ve sola; se ve con la piel tan arrugada como el alma; se ve con la mirada triste de quien sabe que pudo intentarlo pero prefirió no hacerlo. No le gusta lo que ve y asume que no se puede mover de cintura para abajo, pero no

Enredadas

arrebatadas, acabó negándose la posibilidad de volver a sentirlas. Ese tamiz casi impenetrable que había creado le gritó una cruel verdad; que el accidente no sólo se lo llevó a él, sino que también acabó llevándose lo que de ella quedaba. En ese momento supo que sólo podía tomar una decisión.

Miró su foto de nuevo; seguía estando igual de guapo y seguiría estándolo siempre, el tiempo no había podido cambiarlo y no lo haría jamás. No necesitaba redes de ninguna clase para tenerlo con ella, ya lo tenía. Siempre lo tendría. Vestida con los colores que había guardado en el fondo del cajón, junto a la poca vida que creía le quedaba, bajó al puerto. Llevaba la red con ella. La fría agua que le acariciaba los pies no la echó atrás; tampoco las miradas de quien no entendían lo que estaban viendo: una señora echando al agua algo parecido a una red. No entendían qué podía querer atrapar entre esas redes aquella señora a las orillas de un

soporta que su vida tampoco lo haga, así que toma la única decisión posible.

Con sus brazos impulsa las ruedas, que contrarias a su función la han mantenido inmóvil tanto tiempo. Se acerca al armario y se viste. Mirándose en el espejo apenas se reconoce; ve seguridad donde había miedo y ve esperanza donde sólo había espacio para el pesar y el pasar de los días. Aprieta las llaves de la casa que como un palacio de espejos, la mantenían atrapada en una pesadilla que daba vueltas sobre sí misma. En el momento en el que suena la cerradura abriéndose, algo dentro de ella suena también; algo dentro de ella se abre junto a esa puerta. Baja en ascensor y ese escollo que podría haber sido la puerta de su piso, no es más que un

Enredadas

puerto estanco. No entendían que en realidad no quería atrapar nada, lo que quería era entregar al mar y a quien se tragó todos los años de esfuerzo, todas las lágrimas derramadas, todas las plegarias no realizadas y todas las súplicas no gritadas. Con los ojos vidriosos, mojados con el mismo agua que parecía estar meciendo sus pies se despidió de su marido, de su tiempo perdido y de la nada que había gobernado su vida. Mirando cómo se alejaba ese entramado de hilos y cuerdas que le robó años y la paralizó en el tiempo como un aliento que nunca acaba por ser exhalado, sintió confort al saber que a veces es necesario dejar que las cosas se vayan; que lo importante de las redes no es sólo lo que atrapan sino lo que dejan ir. Así, dejándose ir nunca dejó de irse, cumpliendo ese sueño de adolescente de ver todos los mundos y todas las vidas que el mar se llevó junto a ese hombre que ahora siempre lleva con ella.

pequeño reto para ella. Ve las calles llenas de la vida que ella negó. Ve la luz del sol reflejada en el iris de las personas, el aire golpea su rostro como un golpe de realidad y da un paso hacia adelante. Se dirige al lugar de la entrevista cuando se da cuenta de que con los nervios y la tensión no lleva el móvil al que ha estado atada todo este tiempo. Podría temer; pero no lo hace. Se percata de que las redes la han mantenido pegada únicamente a una parte de un mundo que sin ellas podrían haber sido muchos; que hay vida más allá de ese muro que tejen las redes frente a nosotros. Quiere intentar vivir todos esos mundos posibles. Mientras hace la entrevista la voz le titubea pero no por miedo, sino por falta de costumbre. No la seleccionan para el trabajo. No da el perfil o eso le dicen en un correo; pero eso le da igual, para entonces no necesita más que el color de una vida que creía perdida. Levanta la vista y mira; levanta la vista y por primera vez en mucho tiempo, ve.